



Iconos. Revista de Ciencias Sociales

ISSN: 1390-1249

revistaiconos@flacso.org.ec

Facultad Latinoamericana de Ciencias

Sociales

Ecuador

Burbano, Felipe

El nacimiento de un nuevo sujeto político

Iconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 15, diciembre, 2002, pp. 6-10

Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales

Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50901501>

- ▶ Cómo citar el artículo
- ▶ Número completo
- ▶ Más información del artículo
- ▶ Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica

Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal

Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

El nacimiento de un nuevo sujeto político

Felipe Burbano de Lara*

El triunfo de Lucio Gutiérrez en las últimas elecciones presidenciales marca el aparecimiento de un nuevo sujeto político en la escena ecuatoriana. Se trata, a no dudarlo, de un sujeto político con características inéditas; por lo tanto, nada tiene de aventurado decir que su aparecimiento inaugura un nuevo momento político para el país.

¿Dónde radica lo inédito de Lucio Gutiérrez? En los elementos que ha logrado articular alrededor de su liderazgo. Destacan tres: en primera instancia, la lucha de los pueblos indígenas durante los años 90. Gutiérrez expresa los cambios provocados por toda la lucha indígena en contra de una sociedad en la que el poder siempre perteneció a la élite blanca. Las constantes movilizaciones de una década y las denuncias de unas estructuras de poder que discriminan y excluyen lo indígena, han trastocado los juegos alrededor del color étnico del poder. No sería en absoluto aventurado sostener que la constante presencia indígena en el espacio político -no sólo a través de las movilizaciones y los levantamientos, sino también en el parlamento, en los gobiernos locales y en los debates públicos- han generado posibilidades de identificación con nuevos rostros electorales. Ya no es necesario ser blanco para convertirse en presidente del Ecuador.

Una segunda presencia detrás de Gutiérrez podría ser descrita como la de un “movimiento popular” descontento con los resultados de la democracia y 15 años de políticas de ajuste y apertura. En realidad, se ha producido una redefinición de “lo popular” como forma antagonista hacia aquello que se identifica como el poder institucionalizado: lo popular se reconoce y se descubre también en las luchas indígenas. La frontera que siempre separó al pueblo como un sujeto esencialmente urbano y pobre del indígena rural y excluido, parece haberse roto o al menos franqueado. El impacto de lo étnico sobre lo popular marca un cambio cultural de dimensiones desconocidas en la política ecuatoriana. Si pensamos por un momento en la demanda de una sociedad multicultural y multiétnica levantada por el movimiento indígena a lo largo de los últimos 10 años, podríamos concluir que estamos ante la constitución de un *sujeto pueblo* con un rostro multicultural. El pueblo ya no sólo articula una heterogeneidad social, como lo ha hecho históricamente en la política nacional, sino también a una heterogeneidad cultural, donde lo indígena encuentra un espacio poderoso.

Y el tercer elemento, sin el cual no podría explicarse la fuerza alcanzada por Gutiérrez, es lo que podríamos llamar, de un modo genérico e impreciso, “lo militar”. Lo militar aparece desde varias perspectivas. En primer lugar, como identificación de las Fuerzas Armadas con ciertas causas populares y con una

* Profesor-investigador de FLACSO-Ecuador

cierta vocación antioligárquica, tal como se expresó el 21 de enero de 2000. Los coronelos que participaron en el golpe lo hicieron en nombre del interés nacional amenazado por la corrupción de los grupos de poder económico. En segundo lugar, se presenta desde la perspectiva de una lucha heroica en contra del poder. El mismo Gutiérrez presentó durante la campaña electoral, la imagen de un militar que sacrificó su carrera por la defensa de los intereses nacionales; se retrató como una suerte de héroe popular.

Y en tercer lugar, se expresa -y aquí su lado más problemático- como una profunda desconfianza hacia la democracia. El triunfo de un coronel en la elección presidencial señala una continuidad con las últimas -y decisivas- intervenciones de las FF.AA. en la política nacional (tanto en la caída de Bucaram como en la de Mahuad). Aquellas intervenciones borraron la línea que se paraba al poder civil del poder militar en la democracia. Con ello, se ha reactivado el papel tutelar de las FF.AA. sobre la democracia ecuatoriana.

Si hemos definido a Gutiérrez como un sujeto político inédito en la escena ecuatoriana es por la articulación que logró de estos tres elementos -lo étnico, lo popular y lo militar- para convertirse, ante la sorpresa y el desconcierto de las miradas dominantes, en el eje de un nuevo proceso político.

Habría que añadir, como elemento de contexto político general, que las luchas indígenas han sido simultáneamente luchas en contra de la política neoliberal de los últimos 15 años. Los indígenas han cuestionado al Estado y a la cultura nacional por sus herencias coloniales, pero también por una política eco-

nómica depredadora de los recursos nacionales y estatales, concentradora de la riqueza y entregada a los intereses de los Estados Unidos, el FMI y el capital extranjero. En este punto, los indígenas han coincidido con la Coordinadora de Movimientos Sociales, una instancia de unión de los sindicatos públicos, que también se movilizó con Gutiérrez.

El malestar con los partidos

El triunfo de Gutiérrez se inscribe dentro de un profundo malestar de la mayoría de ecuatorianos hacia los partidos políticos y hacia la política en general. El hecho evidente de este malestar es que los tres candidatos que se impusieron en la primera vuelta electoral provenían de movimientos gestados desde fuera de los partidos. Lucio Gutiérrez, Álvaro Noboa y León Roldós se presentaron como candidatos contrarios a los partidos y al modo cómo éstos han conducido la política. La última elección se produjo, por tanto, en una sociedad lanzada a la búsqueda de liderazgos por fuera de los partidos. Y ocurrió que, finalmente, el cuestionamiento a los partidos y a

sus liderazgos se tradujo en un rechazo electoral en la elección presidencial. Es el fin de una paradoja mantenida durante mucho tiem-



po: a pesar de la crítica a los partidos, los ecuatorianos seguían votando por los partidos. En la elección de octubre, la paradoja llegó a su fin, y eso significa dejar abierta la posibilidad de un cambio dramático en el sistema político. En realidad, el cambio ya se ha producido; ahora está por verse la viabilidad de las nuevas condiciones políticas y las nuevas formas de conflicto y antagonismo, como también de concertación, que traerá el nuevo sujeto de la política.

El debilitamiento de los partidos se expresa sobre todo, en un repliegue de su fuerza hacia lo local y regional. Se podría plantear el problema también desde una perspectiva distinta: la presencia local y regional de los partidos define al mismo tiempo su fuerza y su debilidad. Fuerza en la medida en que encuentran en lo local y regional un espacio de reproducción más o menos consolidado. Debilidad, puesto que describe su imposibilidad para proyectarse nacionalmente.

La debilidad de los partidos tiene especial importancia para entender los problemas de gobernabilidad del Ecuador. La proyección de los partidos hacia el espacio nacional, su inevitable confluencia en ese espacio, ha convertido a lo nacional en el terreno de los desencuentros y las disputas, en el lugar donde se genera la ingobernabilidad. Las distancias simbólicas que separan a los partidos -expresadas en sus lenguajes, sus concepciones de la política, de la autoridad, de la legitimidad- ponen de manifiesto algunas de las fracturas del Estado ecuatoriano: de clase, de región y étnicas. Los problemas de gobernabilidad habría que entenderlos como la limitación de los partidos para administrar y conducir el espacio nacional de la política, es decir, al mismo Estado. En el centro de esa problemática se encuentra el bloqueo institucional entre el Ejecutivo y el Congreso.

La crisis de representación de los partidos en el espacio nacional, que expresa a la vez su imposibilidad para representarse el país por encima de lo local y regional, se ha visto agravada por la debilidad del Estado como aparato, como estructura de integración nacional y

como referente simbólico de la política. La capacidad de administración y gestión política de los partidos, en toda su precariedad, se pudo sostener cuando el Estado mostraba alguna consistencia institucional, por un lado, y una cierta capacidad para negociar equilibrios sociales y regionales mediante la repartición de sus recursos, por otro. Pero un Estado con crecientes restricciones fiscales, quebrado por el saqueo provocado por los grupos de poder -como en el caso de la crisis bancaria que le ha costado más de 5.000 millones de dólares- se muestra muy debilitado como espacio de integración.

Podríamos preguntarnos, sobre la reflexión anterior, si el sistema de partidos ha entrado en un proceso inevitable hacia su colapso. Difícil respuesta. Las interpretaciones de las últimas elecciones han discrepado justamente sobre el alcance de la crisis de los partidos, para muchos analistas más aparente que real. Nos guste o no -sostienen estos analistas- los partidos seguirán estableciendo las reglas del juego político, al tiempo que conservan espacios y recursos de poder que se movilizarán con fuerza frente al nuevo gobierno. Si bien no se puede asegurar con certeza que el sistema de partidos hubiese entrado en un proceso irreversible hacia su propio colapso, sí se puede sostener que los partidos se encuentran severamente limitados en su capacidad de proyección y articulación del espacio nacional por una debilidad de sus liderazgos. Estamos frente a estructuras y maquinarias sin liderazgo. Lo que presenciamos en las últimas elecciones fue un conjunto de candidatos de los principales partidos que pudieron avanzar hasta donde les permitieron las estructuras de sus partidos. Esos liderazgos aportaron con muy poco a las estructuras partidarias existentes. Y cuando no hubo estructuras ni organización, como en el caso de Osvaldo Hurtado, la votación obtenida apenas superó el 1%. No hay que desconocer, en todo caso, la capacidad de esas estructuras para reproducirse desde el poder local y regional gracias al funcionamiento de redes clientelares. Pero sin liderazgos renovados difícilmen-

te podrán proyectarse nacionalmente, con lo cual el espacio del liderazgo nacional -que se dilucida normalmente en las elecciones presidenciales- queda abierto para cualquier aventura bajo el signo de la antipolítica.

Y una consideración adicional a propósito de los partidos. Como han mostrado los casos de Perú y Venezuela, los sistemas de partidos colapsan como sistemas; se sostienen en conjunto o se debilitan en conjunto. Las fisuras del sistema debilitan a todos los partidos que lo conforman, y no solo a un grupo de ellos. Lo que no sabemos, por su puesto, es cuántos partidos fuertes del sistema tienen que colapsar para que suceda lo mismo con el sistema en su conjunto. Por lo pronto, hay un partido ya colapsado: la DP; y los otros se encuentran golpeados por su derrota en la elección presidencial.

Lucio Gutiérrez encarna la contradicción

El mayor desafío que tiene Lucio Gutiérrez es definir cómo integrará a los empresarios en un proyecto político con fuerte presencia indígena, con demandas de los sectores populares y con una vocación nacionalista. Gutiérrez tuvo dos momentos en el proceso electoral: el Lucio de la primera vuelta, y el Lucio de la segunda vuelta. Entre esos dos momentos media su apertura hacia los grupos de poder: empresarios, banqueros, Fuerzas Armadas, FMI, la Iglesia y el gobierno de los EE.UU. Si en la primera vuelta el país lo vio íntimamente conectado con el movimiento indígena, Pachakutik, el MPD y sectores populares urbanos y rurales, en la segunda vio a un Gutiérrez en abierta seducción al poder, mostrándole su rostro bueno, exhibiéndose menos peligroso de lo que se imaginaba. Menos izquierdista de lo pensado, y menos chavista de lo temido.

Mucho se especuló sobre el giro de Gutiérrez en la segunda vuelta electoral. Para muchos, entre los cuales me incluyo, pareció demasiado brusco e inmediato (se produjo al

día siguiente de su triunfo en la primera vuelta); tan brusco fue el giro que levantó la pregunta obvia: ¿Quién es Gutiérrez? ¿Dónde mismo se ubica? Surgieron además, enormes especulaciones sobre los compromisos con cada uno de sus nuevos interlocutores; tantas concesiones -se decía- que alrededor de su candidatura se arremolinaban intereses sin consistencia y coherencia alguna.

Interpreto ahora el proceso de apertura de Gutiérrez -el Lucio de la segunda vuelta- como el intento por crear un espacio de convergencia entre empresarios, indígenas y movimiento popular. El nuevo presidente intenta ser un punto de convergencia entre Miguel Llaco y Mario Canessa (para graficarlo de algún modo). El mensaje fue más o menos claro: si no hay un entendimiento entre estas dos grandes tendencias, el país seguirá azotado por la sombra de la desestabilización social. Se trata de la búsqueda de una concertación social que pueda dar alguna viabilidad a un proyecto político o, al menos, que fortaleza socialmente un proyecto político frente a los juegos de poder del Congreso (dominado por los partidos) en contra del Ejecutivo.

El momento tiene un cierto dramatismo, sin duda. Gutiérrez está atrapado entre dos fuerzas, pero al mismo tiempo ha lanzado el mensaje de que el Ecuador no es viable si falta una de las dos; o hay un entendimiento entre indios, sectores populares, sindicatos públicos y empresarios gracias a su mediación, o

Las distancias simbólicas que separan a los partidos -expresadas en sus lenguajes, sus concepciones de la política, de la autoridad, de la legitimidad- ponen de manifiesto algunas de las fracturas del Estado ecuatoriano: de clase, de región y étnicas. El centro de la problemática: el bloqueo institucional Ejecutivo – Congreso.



Gutiérrez marca un nuevo momento en la política ecuatoriana, una distancia respecto del pasado. Las relaciones Ejecutivo-Legislativo adquieren una nueva dimensión: no serán sólo entre dos poderes del Estado sino que escenificarán, al mismo tiempo, la tensión entre lo nuevo desconocido y lo viejo desprestigiado



fuerzas en pugna, Gutiérrez lleva la contradicción a su propio liderazgo y a su propio gobierno. Y las opciones son claras: o se provoca una gran confrontación o se da una concertación. El gran desafío de Gutiérrez, Lluco

su gobierno expresará de modo mucho más dramático y claro que los anteriores, las contradicciones entre las dos tendencias (me gustaría incluso decir las contradicciones de clase). En lugar de mediar, separar; en lugar de generar un proyecto nacional, polarizar el proceso (Venezuela es, de todos modos, una sombra que se cierne sobre el Ecuador). Lo interesante de Gutiérrez es que ha dado expresión tanto a los intereses de los indios y del movimiento popular (de los excluidos y empobrecidos), como a los intereses de los empresarios e inversionistas. Sólo en la medida en que los intereses de esos dos grupos tengan igual reconocimiento político, se podrá mediar democráticamente entre ellos. Lluco y Canessa son las imágenes de las dos tendencias que deben articularse. Pero, insisto, al dar igual reconocimiento a esas dos

y Canessa (para ponerlo en imágenes) radica en descubrir los puntos de convergencia en este escenario que aparece tan distante, tan dividido y tan fragmentado, pero donde empresarios, indígenas y movimiento popular pueden descubrir y compartir un horizonte común. La mediación será posible sólo si la agenda del nuevo gobierno logra diseñar un programa de modernización alejado tanto de las fórmulas neoliberales como de las nostalgias desarrollistas del pasado.

Pero en este posible escenario de concertación social vuelve con fuerza la pregunta sobre el poder de los partidos. ¿Qué harán frente al nuevo Presidente? ¿Cómo actuarán desde el Congreso? ¿Cómo plantearán las negociaciones con el Ejecutivo? ¿Someterán al Presidente a sus reglas de juego, pacto y negociación? ¿Será viable el pacto de gobernabilidad propuesto por Rodrigo Borja y aceptado en principio por León Febres Cordero? Estas preguntas no tienen respuesta clara todavía. Lo único cierto es que Gutiérrez marca un nuevo momento en la política ecuatoriana, una distancia respecto del pasado. Tan es así que hoy los analistas, casi sin excepción, se refieren a los partidos políticos como partidos "tradicionales". Hemos añadido el adjetivo tradicionales para marcar una distancia con el pasado. De este modo, las relaciones entre el Ejecutivo y el Legislativo adquieren una nueva dimensión: no serán sólo entre dos poderes del Estado como habitualmente han sido, sino que escenificarán, al mismo tiempo, la tensión entre lo nuevo desconocido y lo viejo desprestigiado.

Diciembre de 2002